

CÓMO ADOPTAR A UNA NIÑA: EL CASO DE KARIM SAN INOCENCIO

I.

Karim rebusca por todos los clósets. Se encierra en la casa para que ni escuchen ni sospechen nada, para que ningún vecino se asome por la ventana para mirarla causar un revuelo de papeles por todos lados. Ahora está buscando evidencia legítima, nombres o fechas o direcciones o certificados, *algo*, lo que sea que pueda contradecir lo que la vecina Nelly le había dicho por teléfono unos días antes.

Todavía está en la negación, en el puro escepticismo en torno a su identidad verdadera. Hojea por sus medallas de graduación, sus leotardos para las clases de ballet, sus primeros dibujos y poemas en la escuela elemental, su traje amarillo cuyo bordado se manchó con el amarillo de años de encerramiento. Encuentra una caja de zapatos con foto tras foto de su papá frente a la casa de sus abuelos en Toa Baja, de ella misma estudiando en la cama con su tío leyendo una novela, de sus abuelos con los ojos claros contrastados con los negro azabache de su nieta. Toda la evidencia está ahí, almacenada, esperando a que ella la desempolvare.

Y aparece la contestación en un cartapacio insulso entre tanta porquería en el clóset de su padre. Parece más viejo que los dieciséis años de Karim—o tal vez esa misma edad. Mientras lee y relee su certificado de nacimiento original, antes de que las palabras dejan de dar vueltas, antes de que su cerebro logre procesar la información deseada, sólo logra pensar en los días que pasó con su mamá en Pennsylvania—cuando prendían el barbecue tres veces a la semana, cuando jugaba al escondite con su hermanito Alberto y el veterano de su padre lo miraba con recelo desde la ventana, cuando su madre la presentaba como su hija, la grande, la que vive en Puerto Rico.

También piensa en la última vez que la vio, de camino al aeropuerto, y le preguntó por qué su apellido era Rivas, y el de Karim era Torres. Entonces el titubeo, las excusas insólitas de tiempos de antes y apellidos mal distribuidos, y la pregunta que quedó guindando como una nube silenciosa sobre Karim el resto del viaje. Todavía con la mente incendiada, había llamado a la vecina para que la viniera a buscar, y de paso le comenta que se sentía mal por algo que le había dicho su madre—o *no* le había dicho su madre—y Nelly le respondió sin pensarlo:

—Ay, no me digas que te enteraste que eres adoptada.

Karim se quedó como una pieza en medio del aeropuerto con el receptor del teléfono público en mano—tan paralizada como ahora, encerrada en la oscuridad el clóset de su padre, leyendo y releendo el su certificado de nacimiento con el espacio del padre en blanco—y en el de la madre: un nombre que en su vida había escuchado, salvo por el apellido compartido.